

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Before Cortés. Sculpture of Middle America. A Centennial Exhibition at The Metropolitan Museum of Art from September 30, 1970 through, January 3, 1971. Catalogue by Elizabeth Kennedy Easby and John F. Scott. Foreward by Thomas P. F. Hoving. Preface by Dudley T. Easby, Jr. The Metropolitan Museum of Art. Distributed by New York Graphic Society Ltd.

Con motivo del Centenario del Metropolitan Museum of Art de la ciudad de Nueva York se llevaron a cabo una serie de eventos culturales, entre los que destacó, en forma particularmente importante para nosotros, la exhibición de esculturas precolombinas que, con el título de *Before Cortés. Sculpture of Middle America*, atrajo a las salas del museo a miles de visitantes deseosos de ver, acaso por única vez, obras de arte excepcionales. Y son en verdad excepcionales muchas de las piezas ahí expuestas, algunas por su gran calidad artística —es el caso del Xólotl en jadeíta del Württembergisches Landesmuseum de Stuttgart— otras porque salieron de escondidas colecciones particulares como el inigualable relieve maya, tal vez el respaldo de un trono, del Sr. Josué Sáenz, de México, y otras más porque con el tiempo se convirtieron en rarezas exóticas, como la cruz-relicario de plata, siglo XVIII, apoyada en un cráneo azteca de cristal de roca.

Si bien es cierto que durante las últimas décadas se han realizado en varios países del mundo exposiciones de arte mexicano, la que se montó en el Metropolitan marcó de una manera especial el reconocimiento universal hacia las obras de arte del mundo prehispánico. En el Prefacio al Catálogo de esta magna exposición, escribe el Dr. D. T. Easby evocando al rey poeta Netzahualcóyotl: "Es nuestro deseo que los visitantes a los eventos de este Centenario puedan *guardar en los ojos de su mente* alguna de las glorias del gran pasado de la América Media, que tenemos el privilegio de exponer en esta ocasión."

El catálogo de la exposición es mucho más que un mero catálogo, ya que no sólo ilustra, informa y explica acerca de las obras exhibidas, sino que en un nivel accesible introduce al lector en una relación comprensiva del origen y desarrollo de la escultura de la América Media y de las Antillas. Para el montaje de la exposición y para el texto del catálogo, colaboraron D. T. Easby, Presidente Consultivo del Departamento de Arte Primitivo del Museo, y su esposa C. K. Easby, autora de varios estudios sobre orfebrería precolombina; fueron asistidos en sus labores por el Sr. John F. Scott del Departamento de Historia del Arte, de la Universidad de Cornell. Entre los miembros del Comité Consultivo, colaboraron, también con sugerencias, distinguidos investigadores como Ignacio Bernal, Alfonso Caso, Michael D. Coe, Tatiana Proskouriakoff, Eric S. Thompson y otros más.

El libro está organizado en 12 capítulos de los cuales el primero, *Las Altas Culturas de América*, a manera de introducción se ocupa en señalar los rasgos culturales que dieron cohesión a la civilización mesoamericana. A partir del capítulo 2, con *Los comienzos de la escultura*, se mantiene un orden de exposición de acuerdo con el desarrollo temporal y con las regiones artístico culturales que configuraban la América Media, desde los *Caudillos Olmecas*, *Escultores y Lapidarios*, hasta *Los aztecas: El último Imperio*, incluyendo un apartado sobre *La riqueza de las Indias Occidentales*. Los autores aclaran su concepto sobre piezas escultóricas y consideran como tales desde "...los objetos más pequeños que muestren la maestría y tengan cualidad monumental, los trabajos en oro y lapidaria, las tallas en madera, concha y hueso y las figuras de barro..."

Un método de exposición sencillo a la vez que preciso y una muy completa y actual información arqueológica, permiten al lector obtener una visión de conjunto acerca de las culturas y de su extensión geográfica, de los rasgos propios y originales de los estilos escultóricos y de las características y sutilezas artísticas de las piezas particulares.

He de añadir a los méritos de esta obra que los autores tienen, además de una excelente capacidad de síntesis, cosa que no ocurre con la mayoría de las publicaciones de carácter divulgativo sobre arte prehispánico, abundantes y bien fundamentados juicios estilísticos.

En fin, que la obra resulta ser una historia de la escultura mesoamericana expuesta en forma asequible sin que falte la erudición necesaria. Es sobre todo un intento de aproximación a las formas escultóricas, a los asuntos que representan, y en algunos casos a sus posibles interpretaciones. Es una relación de la escultura mesoamericana historiada por historiadores de arte.

Contiene además del texto un cuadro de cronología relativa, 28 ilustraciones a color y 308 en blanco y negro de las piezas expuestas, así como 39 fotografías de centros arqueológicos y de piezas que completan la documentación. Cada ilustración está acompañada de una cédula muy completa y de su referencia bibliográfica.

Si la exposición de esculturas de la antigua América Media señaló una actitud de respeto y de reconocimiento de parte de la América actual, la magnífica publicación que cataloga las piezas exhibidas es un ejemplo de cómo los historiadores de arte pueden recrear obras aparentemente oscuras en su significado y actualizarlas estéticamente.

B. de la F.

Cuarenta siglos de plástica mexicana. Arte Prehispánico. Editorial Herrero, S. A. México. 1969. Impreso en Italia por Arnoldo Mondadori Editore. Officina Grafiche - Verona.

Bajo el título *40 siglos de plástica mexicana*, la editorial Herrero publicó ya los dos primeros volúmenes de una serie de tres, que tratan, respectivamente, del Arte Prehispánico, Colonial y Moderno de México.

El primer volumen dedicado al Arte Prehispánico es una edición de gran formato que comprende las colaboraciones de distinguidos especialistas en el arte y la cultura del México Precolombino: Paul Westheim, Alberto Ruz, Pedro Armillas, Ricardo Robina y Alfonso Caso se ocupan de La Creación Artística en el México Antiguo, El Arte Antiguo de México en el Espacio y el Tiempo, Volumen y Forma en la Plástica Aborígen, Arquitectura Prehispánica y la Pintura en Mesoamérica. Dos de estos artículos sobreviven a sus autores el Dr. Paul Westheim fallecido en 1963 y al Dr. Alfonso Caso, hace apenas un año escaso.

Los trabajos del Dr. Westheim y del Dr. Ruz son de orden general, el uno es análisis de la visión mítico religiosa del mundo prehispánico según la interpretó el distinguido crítico alemán, el otro es clara y penetrante síntesis del desarrollo histórico-cultural del arte mesoamericano. Los artículos restantes se refieren a la escultura, la arquitectura y la pintura prehispánica; el autor de cada ensayo destaca con sensibilidad y conocimiento los aspectos formales, técnicos y simbólicos más relevantes de las tres expresiones plásticas.

Los conceptos vertidos por los autores y las ilustraciones destacan la "voluntad de forma" de los artistas mesoamericanos manifiesta en representaciones imaginativas y no en la reproducción de la realidad visible. Quedan señaladas, además, las dos grandes corrientes de la plástica precolombina: la purista, austera y abstracto simbólica y la exuberante, fantasiosa, realista y humanista reveladoras de una visión del hombre, el mundo y lo sobrenatural distinta y cuya expresión más acabada y contrastante, se revela en la diferencia formal y temática que existe entre el arte azteca y el arte maya.

La palabra escrita en este libro cumple ampliamente con su cometido en cuanto a la valoración estética de la plástica prehispánica que incluye reflexiones interesantes sobre la dinámica interna o evolución de las formas y los recursos expresivos propios de la arquitectura, la escultura en diferentes materiales y la pintura mural en códices y en cerámica del México Antiguo.

La información general que el texto proporciona sobre el México prehispánico es básicamente completa, sin embargo, es necesario señalar que debido a que los ensayos fueron escritos hace ya algunos años no incluyen datos proporcionados por investigaciones más recientes, lo que ha abierto nuevas posibilidades de interpretación histórico cultural y de evaluación estilística de ciudades y monumentos prehispánicos.

El libro cuenta con un excelente material fotográfico: 418 ilustraciones de las que 197 son a color; además mapas y planos de áreas geográficas, ciudades y monumentos, dos cuadros cronológico-culturales realizados bajo la coordinación del arqueólogo Román Piña Chan y un índice general de ilustraciones con breve información sobre los monumentos artísticos; 116 de estos monumentos pertenecen a colecciones particulares, museos, galerías y bibliotecas estadounidenses y europeos.

Es de lamentar, que por error de imprenta, en el primer cuadro cronológico-cultural aparezcan invertidos los títulos Altiplano Central y Costa del Golfo en la división que marca las cinco regiones geográficas de Mesoamérica. Cabe señalar también que no se logró coordinar satisfactoriamente el texto con las ilustraciones. Las reflexiones que los autores hacen sobre los monumentos

artísticos no coinciden con las ilustraciones en las páginas correspondientes, lo que obliga al lector a volver las hojas en busca de la obra de arte que menciona el texto.

La secuencia de ilustraciones se organizó como una sección del libro independiente del texto ya que éstas siguen un orden cronológico que presenta ejemplos de cada una de las artes (escultura, cerámica, arquitectura, pintura y plumaria) de acuerdo con el horizonte cultural y la región geográfica a la que pertenece. El texto se intercaló arbitrariamente dentro de esta secuencia fotográfica.

Los cinco ensayos y el rico material ilustrativo se conjugan para mostrar la originalidad y fuerza plástica del arte antiguo de México el que, a lo largo de 3 000 años y bajo variadas condiciones ambientales, creó un amplio y original repertorio de formas arquitectónicas, escultóricas y pictóricas expresivas de profundas vivencias religiosas, políticas y sociales.

La editorial Herrero ha realizado una importante y meritoria labor al reunir en tres volúmenes de lujo las manifestaciones artísticas más significativas producidas en México durante un lapso de casi cuarenta siglos. La alta calidad de los artículos e ilustraciones convierten al primer tomo de esta trilogía en uno de los libros más hermosos que se han publicado sobre el arte antiguo de México.

M. F. M.

Cuarenta siglos de plástica mexicana. Arte Colonial. Francisco de la Maza. Felipe Pardinas Illán. Juan de la Encina. Luis Ortiz Macedo. Xavier Moyssén. México. Editorial Herrero, S. A., 1970.

La Editorial Herrero, S. A., se propuso publicar, hace ya años, una obra en tres volúmenes que abarcaran cuarenta siglos de arte mexicano. Entonces se encargaron una serie de ensayos a varios autores. El propósito fue que una vez asignado a cada quien determinado periodo o tema, los autores tuvieran absoluta libertad de considerar el asunto en la forma que les pareciera más conveniente, dado que no se trataba de una historia informativa documental. El resultado es interesante pues el volumen sobre *Arte Colonial* contiene una serie de reflexiones sobre tal o cual periodo o asunto, si bien algunos autores se atuvieron más a la información histórica. Pasó tanto tiempo entre la recopilación de los textos y la publicación que fue necesario revisar aquéllos, e inclusive a la aparición del volumen alguno de los autores, Juan de la Encina, ya había muerto.

El volumen que reseñamos es el segundo de la serie; el primero sobre *Arte Prehispánico* vio la luz en 1969, y la Editorial Herrero se propone la aparición del tercero para 1971 que contendrá lo relativo al *Arte Moderno y Contemporáneo, siglos XIX y XX*.

Es necesario ponderar la magnífica edición en gran formato de los volúmenes ya publicados. Éste sobre el *Arte Colonial* es maravilloso en cuanto a las ilus-

traciones, gran parte de ellas a color y otras tantas en medio tono, además de una serie de planos de edificios. Pero un libro así no se puede lograr sin contar con fotografías de primer orden y en este aspecto merecen una calurosa felicitación los fotógrafos Walter Reuter, Enrique Franco Torrijos, Hans Ritter y Armando Salas Portugal. El diseño del libro es excelente, si bien la tipografía de la cubierta y de la portada no satisface a un gusto clásico, aunque está "a la moda". La realización de los planos corresponde al arquitecto Pablo Arancón G. y a Carlos Fiscal P. G., y el cuadro cronológico cultural al arquitecto Miguel Messmacher. El libro fue preciosamente impreso en Italia por Arnoldo Mondadori Editore, Officine Grafiche, Verona. La coordinación cronológica de las ilustraciones e índice general de las mismas, con sucintas y oportunas informaciones, fue una de las colaboraciones de Xavier Moysén, pues además, es suyo el ensayo sobre *El Arte Neoclásico*.

Los editores pueden estar satisfechos, pues han logrado una obra espléndida, desde todos puntos de vista, cuya documentación gráfica no tiene paralelo por su amplitud, calidad y novedad, y cuyos textos son de gran interés. El arte de la Nueva España se despliega esplendoroso, desde el siglo xvi hasta principios del xix. Obras conocidas parecen nuevas por la forma de presentarlas, pero, además, hay muchas que por primera vez se reproducen. Si el legado cultural y artístico prehispánico es maravilloso y original, no le va en zaga el de la Nueva España, que inevitablemente sentimos más cercano a nosotros.

Francisco de la Maza, reconocida autoridad en el campo del Arte Colonial, presenta un atractivo panorama del Arte Colonial en México, desde el siglo xvi hasta el neoclásico, apuntando su desarrollo y aquí y allí los ejemplos sobresalientes, con la erudición y conocimientos que tiene.

Una interesante interpretación del arte del siglo xvi es la que desarrolla Felipe Pardinas, al que llama "mesoamericano", tomando el término acuñado por Kirchhoff para el área cultural prehispánica de la América Media. El ensayo de Pardinas muestra, con justicia y novedad, cierta continuación de la cultura indígena en el arte —o las artes— del siglo xvi, y afirma que no puede estudiarse y comprenderse el primer periodo de la Nueva España sin considerar la cultura que venía desde remotos siglos. Señala algunos problemas para tal comprensión y puntos de contacto entre las dos culturas y religiones. Adelante se ocupa en los monasterios, como "ciudades monacales del siglo xvi", en la escultura, la pintura —incluyendo los códices postcortesianos—, la música, la poesía y el teatro. Termina insistiendo en la transformación de la cultura mesoamericana (indígena) y en la persistencia de una tradición que dio sentido al arte del siglo xvi.

Del barroco europeo al barroco mexicano es el tema tratado por Juan de la Encina. Principia por señalar para el estudio dos métodos: por obras características de un periodo estilístico, o por localización geográfica de los monumentos; pero, en verdad, sigue un poco más el primero que el segundo. A continuación se ocupa en los caracteres específicos del barroco, a partir de Burckhardt y de Wöelfflin, y esboza una teoría que continúa en el barroco occidental y en el español, con excelente erudición, para llegar al barroco en

México, en donde, dice, que se continuó la tradición española, pero con variantes. Se desarrolló aquí una pasión por lo decorativo, siendo el color el patrimonio de la arquitectura mexicana, por los revestimientos y la calidad de la piedra; tal gusto por el color se encuentra también en las yeserías. El estípite proliferó, pues tuvo más aceptación en México que en España, y otro carácter significativo aparece en las cúpulas, de robusta traza y revestimiento cerámico.

El siglo XVIII o un nuevo estilo de vida llamó a su ensayo el arquitecto Luis Ortiz Macedo, pues su intención es considerar los componentes que configuran al estilo del siglo XVIII en México. Al referirse al estilo artístico hace una teoría del arte como expresión de sentimientos, pero se trata también de una actividad consciente, en la que es necesario que participe toda una comunidad, para que alcance dimensiones de conciencia histórica colectiva. Así, la arquitectura colonial es una lección viva de su correlación con la cultura.

En el arte barroco el mestizaje alcanza su expresión y se abre paso a un nuevo estilo con aspectos eminentemente mexicanos, fuerzas que se unen bajo el ideal de la religión y de la administración española. Explica la formación de la sociedad colonial, cuyo centro fue el catolicismo, la posición de los descendientes de los conquistadores, del clero, y el conflicto entre ciencia y religión.

Por fin, indígenas, mestizos y criollos evolucionan y va surgiendo la personalidad mexicana, y un vigoroso arte popular, los valores visuales y la familiaridad con la muerte. El autor esboza una teoría sobre el barroco, su esencia y su estética, que consiste en profundizar el aspecto exterior sensitivo y concretar el espiritual. Termina con un apartado sobre el espíritu nuevo, o sea el neoclásico, que contrapone al romántico; ambos significan el fin de la cultura barroca.

A la última etapa, *El arte neoclásico*, corresponde el ensayo de Xavier Moyssén. En él da cuenta ordenada del nuevo estilo que constituyó una reacción vigorosa contra el barroco y el rococó. En contraste con el pasado, el neoclásico representa la severidad monumental y la racional simplificación de las formas; es un movimiento de carácter internacional que corresponde a la Ilustración. El autor informa sobre los orígenes europeos del movimiento neoclásico, y de la fundación de las academias; respecto de la de México incluye su historia y los artistas que intervinieron en ella. Pasa a continuación a tratar los arquitectos y artistas neoclásicos en México y considera con detalle sus obras principales. Por último dedica atención a la pintura y al grabado de la época. En suma, es un buen resumen de los datos conocidos cuyo valor se realza por las atinadas apreciaciones y conceptos del autor.

Los cinco ensayos considerados merecen seria atención pues contienen conceptos e interpretaciones que por su propia naturaleza se prestan a discrepancias, pero en todos ellos se afirman los valores y originalidades del arte de la Nueva España, y constituyen un fondo histórico y social para comprenderlo.

Y al ir leyendo los textos la mirada se recrea en las espléndidas ilustraciones y la admiración crece ante tantas obras magníficas de nuestro pasado colonial

que forman una gran parte del patrimonio cultural, histórico y artístico de México

J. F.

Teresa Castelló Iturbide y Marita Martínez del Río de Redo. *Biombos mexicanos*. Edición de Jorge Gurría Lacroix. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970.

Hace ya tiempo que el tema de los biombos mexicanos necesitaba ser estudiado, tanto por su valor artístico e histórico cuanto por ser muebles que tuvieron una función importante en la vida social y doméstica de la Nueva España. Por fortuna se ocuparon en él dos investigadoras de nuestra cultura, las señoras Teresa Castelló Iturbide —quien ha publicado estudios sobre indumentaria indígena— y Marita Martínez del Río de Redo. El resultado de sus investigaciones ha aparecido en una excelente edición, organizada por el historiador Jorge Gurría Lacroix, del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Veintidós ilustraciones en blanco y negro y diez y ocho láminas a color ilustran el interesante texto.

En verdad el tema no había sido tratado antes con semejante amplitud. Ciertamente alguna consideración le dieron en sus obras Manuel Romero de Terreros y Manuel Toussaint. Por su parte Salvador Moreno dio a conocer el biombo del siglo xviii del Conde de Bustillo, que se conserva en Sevilla, España (Anales I.I.E. 28, 1959), del que se reproduce a color un bello fragmento en el libro que reseñamos (Lámina 1). También José Rojas Garcidueñas publicó por primera vez el biombo del siglo xviii con escenas del Quijote (*Presencias de don Quijote en las artes de México*. I.I.E. Estudios y Fuentes del Arte en México, xxvi, UNAM, 1968) que actualmente pertenece al Banco Nacional de México; de él se reproduce un fragmento a color en el libro que ocupa nuestra atención (Lámina xviii).

No menos de treinta y seis biombos quedan incluidos en este trabajo, de los cuales unos siete se encuentran en España y uno en Francia. La investigación de las señoras Castelló y Redo es notable, si bien, claro está, no pretende ser exhaustiva; han dado a conocer muchos biombos que se conservan en España y en México, e incluyen otros conocidos pero que no habían sido estudiados.

Si se atiende primero a las ilustraciones se despliega ante la vista una serie de maravillas pictóricas, con gran encanto por su ingenuidad y agudo sentido decorativo, además del interés que tienen los variados temas.

Con verdadera erudición las autoras introducen al lector al tema a través de la historia de los biombos, desde su origen oriental, su aceptación en Europa a fines del siglo xvi, y en la Nueva España, a donde llegaban en la famosa Nao de China, vía el Pacífico y Acapulco. En adelante el texto está organizado por temas especiales, ya sea por los asuntos representados, por el uso o por las técnicas empleadas. Pero lo interesante es que cada uno de los

apartados se inicia con introducciones, en las que con talento y gusto se recrean los ambientes en que se encontraban los biombos y se dan una serie de noticias e informaciones históricas que además de hacer interesante la lectura sitúan los biombos en sus propias circunstancias y contextos.

Cuando se habla de los "Biombos de cama", se entera el lector que las camas de "cabecera" aparecieron en el siglo XVIII. Los "biombos de rodastrado" completaban la riqueza de muebles y objetos de arte en los salones. La Conquista aparece como tema en varios biombos, y antes de considerar el magnífico biombo con incrustaciones de nácar del Museo del Virreinato, en Tepozotlán, se dedica un capítulo a las tablas con incrustaciones de ese material. La Ciudad de México, el Palacio de los Virreyes, la entrada de Felipe V en Madrid, las escenas de caza y las galantes, los paisajes con escenas costumbristas y los temas literarios, son otros tantos temas del mayor interés representados en los biombos, algunos de los cuales muestran influencia oriental. También había biombos con temas místicos para conventos y otros, en fin, que ilustran proverbios.

Al final del texto se incluye un amplio capítulo sobre la laca, sus diferentes materiales y técnicas y la que se produjo —o se produce— en varias regiones del país.

Así, la excelencia del texto se completa con las láminas a color, buenas por lo general, y las ilustraciones de medio tono, y el todo compone una magnífica y novedosa monografía que viene a ocupar un sitio bien interesante en la historia de nuestro arte colonial, por lo que es de felicitar a las autoras y al Instituto que ha puesto en manos de los estudiosos y del público en general unas imágenes de la vida novohispana de lo más atractivas.

J. F.

José María Velasco. Pinturas. Dibujos. Acuarelas. Con un prólogo y tres Sonetos de Carlos Pellicer. México, Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, 1970.

A la ya larga serie de monografías sobre arte mexicano, en gran formato, publicadas por el Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, viene a sumarse una nueva, la de pinturas, dibujos y acuarelas de nuestro máximo paisajista José María Velasco (1840-1912). Un texto del Señor Licenciado Gustavo Díaz Ordaz, Presidente de la República, antecede el contenido y, en su brevedad epigramática, es justo y penetrante, pues, en efecto, la obra de Velasco "es parte de nuestra herencia artística más preciada", y es "un mensaje de belleza y de amor a la naturaleza y al hombre".

La pulcritud y el buen gusto de la edición, las excelentes reproducciones a color, así como la introducción y los tres sonetos de Carlos Pellicer, hacen de este libro una verdadera obra de arte. La Introducción es breve pero substanciosa; el poeta expresa a maravilla su comprensión y admiración por el pintor paisajista. Amante él mismo de la *Naturacosa* —según escribe— y fiel estudioso de la obra de Velasco, es propio que nos introduzca a lo esencial

de ella. "José María Velasco pintó la tierra —dice Pellicer—, Hermenegildo Bustos retrató al hombre y José Guadalupe Posada, grabador genial, expresó las vicisitudes del ser mexicano. Los tres constituyen la base de la más entrañable plástica de México." A mi modo de ver, Velasco y Posada son, ciertamente, los dos pilotes en que descansa la historia del arte moderno mexicano; problemático resulta dar a Bustos tal categoría, sin desconocer sus grandes cualidades como retratista.

Fue acertado combinar dibujos, acuarelas y óleos de Velasco, pues no sólo da variedad al conjunto de ilustraciones, sino que así se ponen de manifiesto aspectos poco conocidos del artista, quien siempre es por igual interesante en las pequeñas y en las grandes obras. Otra ventaja que tiene la monografía que comentamos es que se reproducen en ella veinticuatro pinturas pertenecientes a colecciones particulares, la mayoría de la colección de Carlos Pellicer, siendo sesenta y dos el total de las ilustraciones. Ello quiere decir que se incluye buen número de obras que por lo general no están a la vista del público en los museos. Si a lo anterior se añaden las pinturas pertenecientes al Instituto Nacional de Bellas Artes, la mayor parte de las cuales se exhiben en el Museo de Arte Moderno, algunas de capital importancia, se comprenderá que el conjunto de obras que aparecen, bien reproducidas, en esta monografía, dan idea suficiente del arte de Velasco y aun de sus procedimientos.

Entre las pinturas incluidas son de notar: "Velasco y su condiscípulo Luis Coto, escuchando indicaciones del maestro Landesio" (1871), cuadro interesante y casi desconocido; las espléndidas "Rocas" (1894); "El Citlaltépetl" (1897); la "Catedral de Oaxaca" (1887); el cuadro que es, a mi entender, la obra maestra "México" (1877), vista monumental y alegórica del Valle que tantas veces pintó Velasco; la "Hacienda de Chimalpa" (1893), de estilo renovador, como sabemos; también tiene interés particular la colección de paisajes en tamaño postal, ya que muestran cómo Velasco podía expresar la monumentalidad en obras de pequeño formato.

En muchos sentidos hubiera sido preferible que las ilustraciones tuvieran un orden cronológico, única manera de seguir objetivamente el desarrollo de la obra de un artista; pero, con seguridad se impuso un criterio libre, que permitió un orden artístico más conveniente a la publicación.

De los tres sonetos de Carlos Pellicer, dedicados a José María Velasco, no se puede decir sino que en su forma perfecta comunican algo así como un grandioso temblor del alma, en que se funden los dos eximios poetas.

Es de felicitar a la infatigable Dirección del Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, que tantas obras excelentes ha llevado al cabo; a los talleres de Litógrafos Unidos, S. A., que realizaron la impresión, y al señor José Sánchez, quien cuidó el color. En verdad satisface que un libro como el comentado sea totalmente hecho en México, lo cual nos honra, pues su mérito no es menor que el de otras ediciones del extranjero. Hojearlo y oíjearlo —como dicen— es un placer; es una obra de positivo valor para la historiografía de nuestro arte del siglo XIX.

J. F.

José Clemente Orozco. *Autobiografía*. México, Ediciones Era, S. A., 1970 (con un apéndice: "Testimonios" de Margarita Valladares de Orozco).

Esta es la segunda edición en español de la *Autobiografía* de José Clemente Orozco. La primera fue publicada por Ediciones Occidente, en México, 1945. Existe una edición en inglés: *José Clemente Orozco an Autobiography*. Translated by Robert C. Stephenson. Introduction by John Palmer Leeper. Austin, University of Texas Press, 1962. De la primera edición quien escribe publicó una reseña en estos *Anales*, vol. iv, Nº 15, 1947, y ya entonces dijo que Orozco había hecho un servicio al reunir sus artículos autobiográficos, aparecidos en *Excelsior* en 1942, y que "un libro así, es de los que pasan a la historia". El verídico e interesante relato abarca desde los primeros pasos en el arte del que había de venir a ser un maestro hasta 1934, año en que regresa a México después de terminar las pinturas murales en Dartmouth College. Tres décadas, pues, que corresponden a la época de renovación de la vida y el arte en México, y que la *Autobiografía* de Orozco ilumina en parte, puesto que escribe sobre las circunstancias que le tocaron vivir, incluyendo sus viajes y estancias en los Estados Unidos del Norte. Todo lo relativo a la vida y la obra de un gran artista tiene interés para el historiador y para el crítico, y la *Autobiografía* de Orozco es documento capital para la mejor comprensión de su obra. También deben considerarse: *Textos de Orozco*, con un estudio y un apéndice por Justino Fernández. México I.I.E. UNAM, 1955.

Todo cuanto escribió Orozco tiene interés —insisto— pero, además, se lee con gusto por la gracia que fluye en sus textos, así como por sus atinadas críticas, a menudo salpicadas de fina ironía. Por otra parte Orozco nunca fue excesivo como escritor, por el contrario la brevedad de sus artículos o ensayos, siempre de rico contenido, denota un sentido moderno de síntesis.

Como la primera edición estaba agotada desde hacía tiempo, ha sido muy atinado publicar esta segunda, que vuelve a poner en manos de los estudiosos y del público en general un documento de primer orden para la historia. Inútil es decir que la nueva edición supera en mucho el formato y la presentación de la primera, que fue modesta. Ahora las excelentes ilustraciones, algunas en color, realzan el valor del libro. Pero hay algo más.

La esposa del artista, Margarita Valladares de Orozco, añadió unos "Testimonios", a manera de apéndice, al texto, que resultan de gran interés. En la presentación dice: "Sólo intento aclarar, mediante unas pocas estampas discontinuas, hechos y circunstancias en torno a la vida de Orozco que, de otro modo, quedarían vagamente definidos o bien ocultos para la posteridad." Puntualiza en qué consistieron las relaciones de Orozco con Rivera y Siqueiros; habla de algunos amigos del artista; aclara especialmente y comenta lo escrito por Alma Reed en el libro que publicó sobre Orozco, después de la muerte de éste (México, Fondo de Cultura Económica, 1955 y N. Y. Oxford University Press, 1956). Más adelante proporciona informaciones sobre la estancia del artista en Dartmouth College y las pinturas murales que allí realizó; sobre

circunstancias relacionadas con los murales del Hospicio Cabañas; y, al final, sobre los acontecimientos relacionados con el fallecimiento de Orozco.

Como se trata de testimonios de alguien que podemos llamar testigo de la vida de Orozco, sus apreciaciones y comentarios enriquecen la *Autobiografía*. Pero en su afán de lograr que la figura de Orozco no se confunda entre las de los otros muralistas, al principio de su texto dice: "Orozco nunca formó parte de movimiento pictórico alguno, ni marcó o siguió rutas trazadas por extraños, como se ha afirmado repetidamente en México." Ciertamente la primera parte de tal aseveración contundente sorprende a cualquier lector, ya que sin duda Orozco pertenece históricamente al movimiento de pintura mural mexicana de nuestro tiempo y es, en mi opinión, su figura cimera, pero con tan original personalidad que es verdad que no dependió de nadie, ni del "movimiento" mismo, en la realización de su obra, ni en su orientación crítica y humanística, ni en la profundidad de su pensamiento.

Miguel Ángel pertenece al movimiento conocido como el Renacimiento, pero es él por sí quien libremente se desarrolló y creó su obra. En verdad si se lee completo el texto de la señora Orozco se aclara mucho la frase inicial que, junto con otras aseveraciones, provocó la reacción de algunos críticos y artistas, desde luego, de Siqueiros; los comentarios fueron publicados en *Excelsior* en diciembre de 1970, y en otros diarios, y a alguno de ellos dio contestación la señora Orozco.

La cuestión es bastante compleja para tratarse de improviso y sólo un sereno análisis histórico de los hechos podría aclarar el sentido de lo que se dijo de una y otras partes; pero es verdad que se ha abusado al englobar sin distinciones a los muralistas en el "movimiento" y que más bien éste se compone de fuertes personalidades que siguieron sus propias urgencias creadoras individualmente, desde distintos puntos de vista y con resultados diferentes en sus obras. En todo caso lo expresado por la señora Orozco es revelador de la necesidad de una mejor comprensión de aspectos de la historia, oscurecidos por los *clichés* en uso, y en este sentido su contribución es oportuna y bienvenida.

J. F.

Anita Brenner, *Idols Behind Altars. The story of the Mexican spirit*. Boston, Beacon Press, 1970.

Publicado hace ya más de cuatro décadas (1929), el libro de Anita Brenner, *Idols Behind Altars*, sigue teniendo un vivo interés dentro de la historiografía mexicana del siglo xx. En verdad su gestación data de medio siglo, puesto que la autora, nacida en México, tuvo experiencia directa del país en los veintes, es decir, cuando surgía una nueva época; además, su cuidadosa preparación y las lecturas que supone, justifican lo dicho arriba.

Para la nueva edición Anita Brenner escribió una introducción especial, que contiene una teoría general de las revoluciones —de la revolución— en términos filosóficos y literarios, basada, sin duda, en las experiencias en que

todos hemos participado, de un modo u otro, en unas cinco o seis décadas. Lo anterior constituye el preámbulo para referirse concretamente al México de los veinte, del que da una visión realista y positiva.

Su libro, dice, nació de la empresa renovadora del país, cuando la autora tenía diez y ocho años, lo que indica cuán observadora e inteligente era desde tan temprana edad. Al ocuparse del ambiente artístico de entonces comunica el empuje creador de aquellos años, que desde hoy ve con cierta nostalgia —me atrevo a decirlo— y con satisfacción de haber participado en él. Todo lo que hoy se hace en México, concluye, tiene la mística que nació con la Revolución, y es verdad.

Al terminar la lucha armada de la Revolución Mexicana el país se renovaba en todos los órdenes; el artístico, el político-social, el económico y, en general, en los más variados aspectos de la vida y de la cultura. México entraba en una etapa de reconstrucción cuyo desarrollo alcanza, en efecto, nuestros días.

Artistas, escritores, poetas, músicos, arqueólogos y antropólogos en la tercera década del siglo, descubrían valores en la tradición, en la vida y el arte populares, antes pospuestos y olvidados. La cultura se enriquecía con nuevas ideas y expresiones de primer orden; la pintura mural se imponía, no obstante la incompreensión y algunas dificultades.

En ese movimiento renovador participaron también artistas y escritores extranjeros cuyas propias visiones del arte, de las costumbres y del modo de ser mexicanos, contribuyeron a la comprensión del país que renacía, cual ave fénix, de entre los escombros del pasado inmediato.

Anita Brenner declara, al principio de la bibliografía, que: *Idols behind altars was not planned as a reference book . . .* y, sin embargo, hoy día su libro constituye un documento de inestimable valor, que ilustra una época de nuestra historia. Pero no sólo es eso, pues la excelente prosa de la autora y su inteligente exposición de los diversos temas, hacen que su lectura sea de lo más agradable e interesante desde el principio al fin. En conjunto es una interpretación poética de México, pero con sólida base histórica, con experiencia vivida y con buen sentido crítico.

Trata la historia del país, desde la prehispánica y la colonial, hasta la moderna, con información a la altura de su tiempo, pero sin rigidez y alternando aspectos, costumbres y curiosidades. En general es una interpretación aguda y positiva de México, y del pueblo que considera primordialmente artista y religioso, tanto por su pasado prehispánico como por el español, de donde resulta el sentido estético que hemos dado en llamar mestizo, por la mezcla de las diversas culturas. Anita Brenner tiene el tacto necesario para esquivar ciertos problemas delicados de la historia; en cambio se detiene en las situaciones de mayor interés. Y parece que la cuestión de ¿hasta qué punto son cristianos los indios? da origen al título del libro.

Es natural que dedicase atención al día de muertos, al petate, a las pequeñas pinturas religiosas que llamamos "retablos", al pulque, a las pinturas de las pulquerías, a los "corridos", o canciones populares, a la marihuana. Es interesante su observación sobre "la vacilada", que le parece un sentido de duda

y una máscara mestiza. Al grabador José Guadalupe Posada, a quien justamente llama "el profeta", le da el lugar que corresponde a tan gran artista.

Toda la historia y el costumbrismo, que abarcan las dos primeras partes del libro, son como el fondo necesario para comprender el movimiento artístico post-revolucionario, que trata en la tercera y última parte.

La información sobre el Sindicato de Pintores y Escultores es del mayor interés; se publicó, por primera vez en un libro, el famoso Manifiesto de 1922, que fue el punto de partida del movimiento de la pintura mural. Más adelante dedica capítulos especiales a los principales artistas: Siqueiros, Orozco, Rivera, Goitia, Charlot, y considera a otros más que componían en conjunto una pléyade renovadora. Las obras que toma en cuenta son, claro está, las realizadas hasta 1929; el desarrollo posterior de México y de la pintura mural justifica con amplitud la reedición de este libro. Los textos que incluye, entre otros los de algunos artistas, son importantes.

En el último capítulo además de reconsiderar el ambiente artístico, amplía las informaciones sobre las actividades de algunos de los componentes del Sindicato, en Guadalajara y en Veracruz, y se refiere a la nueva literatura, dando importancia especial a Mariano Azuela, y también al músico Carlos Chávez. Los artistas pasaron las fronteras del norte y del sur; la combinación de valores no materiales y de factores económicos, al desenvolverse descubre la ascensión de América, dice la autora.

Entre tantos libros sobre el México de las décadas pasadas, *Idols behind altars* resulta excepcional, por su calidad literaria, por la inteligencia de su autora y por la información y el criterio que contiene. Este libro es un testimonio, un *must* para quien se interese por México, su historia, sus modos de ser y su arte. Agotado por largo tiempo, se justifica ampliamente esta segunda edición; su lectura da gusto y, como tiene un valor permanente, interesará, sin duda, a las generaciones de antes y de ahora.

J. F.

JOSÉ MIGUEL QUINTANA. *La Astrología en la Nueva España en el siglo XVII (De Enrico Martínez a Sigüenza y Góngora)* "Bibliófilos Mexicanos", vol. 19. Edición limitada a 374 Ejms. numerados. Talleres Gráficos ERS, México, 1969.

José Miguel Quintana, autor de ya numerosos eruditos e importantes estudios de puntos históricos de la Nueva España, ha sacado a luz una serie de documentos que vienen a llenar un vacío que, desde hace largo tiempo, estábamos anhelando quedara cubierto para el mejor conocimiento del ambiente cultural de nuestro siglo xvii y de su figura más característica y representativa.

"... al localizar en el Archivo General de la Nación, hace ya algún tiempo —dice Quintana—, varios documentos inéditos de don Carlos de Sigüenza y Góngora, tuve el deseo de estudiarlos y darlos a conocer. Se trata de sus *Almanaques*, lunarios o pronósticos, muy vagamente mencionados por él mismo

u otros autores y que hasta la fecha se desconocían. (J. M. Q., *Op. cit.*, p. 11.) En efecto, hace ya varios años que José Miguel Quintana hizo tal hallazgo y por fin, tras una espera que a los enterados del asunto nos parecía dilatada, hoy lo felicitamos y nos felicitamos de tener este libro entre las manos, con las cien páginas del estudio preliminar de José Miguel, y las otras doscientas páginas más que contienen los 92 “anexos”, pronósticos, lunarios, almanaques, que se reparten así: de fray Felipe Castro, 1; de Gabriel López de Bonilla, 8; de Juan Ruiz, 11; de Martín de Córdoba, 5; de Nicolás de Matta, 1; de Juan de Saucedo, 3; de Feliciano Ruiz, 1; de José Salmerón de Castro y Escobar, 6; de Antonio de Aguilar Cantú, 12; de Juan de Avilés Ramírez, 9; de José Campos, 3; de Mario Antonio de Gamboa y Ryaño, 1; de Carlos de Sigüenza y Góngora, 27; otros documentos, 4.

He querido dar esa nómina para que, sobre todo los interesados en la materia, tengan una idea de quiénes y en qué proporciones dedicaban sus afanes y tiempo a la elaboración y publicación de lunarios y pronósticos astrológicos en el siglo xvii y, además, para referirme al acervo documental que este libro al que me refiero, contiene.

Como se ve en esa lista, los escritos de don Carlos de Sigüenza y Góngora cubren la tercera parte de los escritos astrológicos de la segunda mitad del siglo xvii; lo cual no es de extrañar, porque precisamente fue la cátedra de Astrología, en la Real Universidad de México, una de las más constantes tareas de tan ocupado y estudioso escritor; cátedra que comprendía, desde luego, lo que en épocas posteriores se denominó Cosmografía, más las correlativas enseñanza y práctica de matemáticas y también, aunque esto último en forma rudimentaria, ciertos conocimientos y observaciones que hoy clasificamos, unos en la Física y otros en la Meteorología. Todo eso era lo que integraba la Astrología (digamos en términos actuales “científica”) permitida, como muy claramente lo dijo, una de tantas veces, el auto del Tribunal del Santo Oficio de 26 de octubre de 1647, autorizando escribir y publicar pronósticos “solamente en lo tocante a la navegación, agricultura y medicina, juicio de tiempos que proviene necesaria y frecuentemente de causas naturales, como son eclipses, lluvias, pestes, tiempos serenos o secos...”; ciencia que se distinguía de la Astrología Judicial, o sea adivinatoria, canónicamente prohibida ésta por su inferencia con el concepto del libre albedrío humano, la Providencia Divina, y sus múltiples consecuencias jurídicas y teológicas, que tocaban lo que hoy llamamos la irresponsabilidad, la inimputabilidad y otros puntos jurídicos similares, más otros muchos teológicos.

Materia es ésta de largo, detenido y detallado examen, que excede a esta recensión, pero que debe ser tenida muy en consideración para los estudios, que un día vendrán, que nos permitan conocer bien el ambiente cultural de nuestro país a través de su historia.

Una breve parte de ese todavía casi ignoto panorama puede verse por esa ventana a la que podemos asomarnos gracias a la investigación de José Miguel Quintana.

La única falla en el libro que reseño es que, por desgracia, tiene no pocas erratas (en páginas 15, 29, 31, 71, 77, 96, 130, 197, 214, 219 et alia). ¿Cómo es posible que una edición de “Bibliófilos”, limitada a 374 ejemplares nume-

rados, es decir un libro para dilectos especialistas de corto tiraje, cuidado por dos personas que se supone expertas (y cuyos nombres, para su vergüenza, aparecen en el colofón), cómo pueden justificarse descuidos tales?

Por lo demás, es evidente que esas censurables fallas técnicas en nada empañan un estudio tan erudito y tan digno de elogio, y una publicación documental tan útil, que todo eso hay y se cumple en este volumen de *La Astrología en la Nueva España*, que agradecemos a don José Miguel Quintana.

J. R. G.

PÁL KELEMEN. *Art of the Americas. Ancient and Hispanic*. With a comparative chapter on the Philippines. New York. Thomas Y. Crowell. 1969. XIII. 402 pp. 338 fots. Perc.

Este libro en su tipo de breve manual de historia del arte americano, ofrece al público un vívido panorama —erudito e inspirado— que transmite a través de sus páginas el entusiasmo que ha impulsado al autor para llevar al cabo su tarea. A esta cualidad del texto —salpicado además de anécdotas personales e históricas— debemos añadir que está escrito en un lenguaje claro y fácil y que ofrece además el recurso de muchas magníficas ilustraciones, escogidas con evidente deseo de mostrar objetos y aspectos novedosos. Es sin duda esta obra, una estupenda síntesis del arte americano, desde los Estados Unidos hasta Brasil, abarcando todas las manifestaciones artísticas posibles: arquitectura, pintura, escultura, orfebrería, cerámica, tejidos, con explicaciones de las razones históricas más importantes que determinaron las circunstancias peculiares de las diferentes épocas, para poder situar mejor las obras de arte.

El trabajo está dividido en dos partes principales: *la época antigua*, que comprende el arte anterior a la llegada de los españoles, con cinco apartados para las distintas artes y *la época colonial*, con seis apartados. Al final encontramos un capítulo dedicado a establecer ciertas comparaciones con el arte filipino que resulta de gran utilidad. Para cumplir con tan enorme tarea de síntesis y evaluar al mismo tiempo la producción artística dentro de una secuencia cronológica, el autor optó por examinar ejemplos claves dentro de cada etapa, logrando un panorama apretado pero claro y sobre todo, revelador de la importancia de dichos periodos del arte americano.

En la presentación del desarrollo artístico de la primera etapa tenemos una pequeña crítica que hacer. El estudio comienza con la arquitectura precolombina de los olmecas y sigue con Teotihuacán, luego con los toltecas y los aztecas, postergando las zonas arqueológicas de Tajín, Xochicalco y Monte Albán, que comprenden etapas muy anteriores al advenimiento de los toltecas, y que por muchas razones étnicas y artísticas están conectadas mayormente con la corriente olmeca, que los toltecas y aztecas que ya pertenecen a la corriente migratoria más reciente, de habla náhuatl. Lo más importante de esta primera etapa, según nuestro juicio, son las relaciones formales que el autor señala entre las obras mesoamericanas y andinas. Un ejemplo es el comentario que hace acerca de la semejanza que presentan las columnas lisas de piedra, de la zona arqueológica de San Agustín en Colombia, que recuerdan algunas construcciones olmecas de La Venta. La presentación de esta

etapa termina señalando la conveniencia de ser conscientes de las limitaciones insalvables que existirán siempre, para poder penetrar en el conocimiento del arte precolombino.

En la segunda parte del libro —de particular interés para nosotros por ser de nuestra especialidad— el autor, acertadamente, empieza con una exposición acerca del injusto concepto que se ha tenido durante muchos años —y algunos aún tienen— de considerar al arte virreinal como una derivación o anexo del arte peninsular. Pál Kelemen, acusando fina sensibilidad y comprensión del espíritu latinoamericano, afirma que uno de los valores claves de dicho arte hispánico, de donde deriva su peculiar originalidad, es su calidad de “mestizo”, que proviene según él, de poderosas fuentes no europeas. Para reforzar este concepto hace notar que los países que produjeron gran arte prehispánico, tienen también el más sensacional arte virreinal. Con este enfoque destaca el arte “mestizo” andino, y desde luego que otra de las más importantes aportaciones de este estudio lo constituye precisamente la valoración del arte “mestizo” y la comprensión de este fenómeno histórico, tan difícil de captar para los intelectuales anglosajones. Los enfoques de conjunto, agrupando diversos elementos del arte virreinal continental son también, como en el anterior capítulo, novedosos y de suma utilidad. Al hablar de las capillas posas de México, por ejemplo, las relaciona de inmediato con las de Copacabana, Colombia, y al hablar de la construcción de las catedrales, nos habla en secuencia cronológica de las de la Española, México, Cuzco, Tunja y Quito.

El capítulo final a pesar de su brevedad ofrece una síntesis muy interesante y útil del arte filipino, de sus influencias orientales y de cuán diferente fue el influjo del arte español en esas tierras.

La cuidadosa erudición de que hace gala el autor, es otro innegable valor de este libro, que no sólo se presenta al día en cuanto a información, sino que aporta novedades muy importantes al conocimiento de nuestro arte colonial. Hace varios años el profesor Xavier Moysén, investigador de este Instituto, localizó una biblia en la biblioteca Nacional de México —sin fecha ni lugar de edición—, cuyos grabados sirvieron de modelo a las pinturas del sotocoro de Tecamachalco, pintada por Juan Gerson en el siglo xvi. Con el espíritu infatigable del investigador nato, Pál Kelemen buscó en siete bibliotecas de Washington y de Nueva York, hasta que encontró, en esta última ciudad, en el Seminario Episcopal Teológico General, una biblia con las mismas características de la que encontró Moysén, perteneciente a una edición del año de 1558 de Lyon, Francia.

Parte importantísima es el apéndice del libro que ningún interesado en los problemas del arte latinoamericano debe ignorar. Kelemen hace en él una revisión crítica de la enseñanza y del concepto en que se ha tenido al arte latinoamericano en los Estados Unidos. Muchos sabios juicios se desprenden de esos párrafos finales y de ellos emana la excepcional comprensión que este especialista centro-europeo tiene acerca de nuestro arte y acerca de las limitaciones culturales que existen en los Estados Unidos para comprenderlo y apreciarlo. Le parece increíble, como a nosotros, que un curso de dicha disciplina se anuncie en la Universidad de Yale, ¡en 1967!, diciendo: “. . . is good for those people sepcifically interested in Latin America . . . since many of the paintings and buildings covered require a special love if their eccentricities are to be appreciated.” Y estamos definitivamente de acuerdo con Kelemen en que las pinturas, las estatuas, los edificios, se ofrecen —como él dice— primero que todo, como experiencias visuales y emocionales y que si se desdía el impacto estético y se prefieren los análisis y las comparaciones, los historiadores del arte no harán nunca un verdadero contacto con la vida americana.

Felicitemos a Pál Kelemen por un trabajo tan enjundioso y bien logrado y amplia-

mente recomendamos su traducción al español, pues eso facilitaría el uso de este manual entre muchos estudiantes de los cursos de arte hispano, sirviéndoles de una muy práctica guía, informativa y formativa, dados sus sabios y sanos conceptos críticos.

F. de la M.